

EL SITIO DEL CASTILLO DE MONZÓN (1813-1814)

KOLDO SEBASTIÁN GARCÍA

Entre octubre de 1813 y febrero de 1814, la villa de Monzón fue testigo y protagonista de la batalla por la toma de su propio castillo. Cuatro meses de zarpas y bombardeos con los que la Guerra de la Independencia alcanzó su desenlace en el valle medio del Cinca, mientras más allá de Aragón, el ejército de Suchet completaba su evacuación por Cataluña. Monzón solo fue uno más de los reductos defensivos encaminados a frenar el avance español. Sin embargo, a pesar de la importancia secundaria del enfrentamiento, el conjunto de hechos que lo rodearon hacen de él un punto de interés desde el que analizar varios de los tópicos del conflicto. Y estos, que abarcan desde la cotidianidad en época de guerra, hasta el tratamiento público que ha recibido el periodo, demuestran una vez más el interés que tiene el estudio local como complemento a los análisis de mayor escala.

Ya desde antes de 1812, Monzón aparecía como el reducto defensivo por excelencia para proteger a las autoridades del gobierno josefino, y a las columnas logísticas que atravesaban el Alto Aragón. Barbastro, la cabeza de partido, pero paupérrima en lo que se refiere a defensas, se mostraba extremadamente vulnerable a los endémicos ataques de las guerrillas. Ni siquiera la guarnición podía hacer frente a sus asaltos, teniendo que resguardarse en el convento que hacía las veces de fortín. Así, el propio corregidor huyó en varias ocasiones a la vecina Monzón, desde donde se efectuaron las tareas administrativas.¹

Cuando el 7 de abril de 1813 entró en Barbastro el 7.º Batallón de Voluntarios de Navarra, las tropas francesas habían abandonado ya toda influencia sobre la localidad. La división de Espoz y Mina se abrió paso por el territorio controlando los pueblos de los alrededores, avituallándose y realizando reclutas, mientras a su vez, el ejército imperial se retiraba de sus posiciones aragonesas (Zaragoza se abandonó en julio), manteniendo solo unas pocas guarniciones. En un terreno

¹ Luis Alfonso Arcarazo y María Pilar Lorén, *Barbastro y su partido durante la Guerra de la Independencia*, Instituto de Estudios del Somontano de Barbastro, Barbastro, 1994, pp. 131-134.

abrupto y pobre, como el español, el control de las fortalezas se hacía indispensable para poder mantener las comunicaciones y un aprovisionamiento regular. Tanto es así que ambos contendientes tuvieron serios problemas con el abastecimiento a lo largo de la guerra: era imposible poner en práctica el método francés de «vivir sobre el terreno», y había que contar con graneros y almacenes a lo largo de las vías de comunicación. Todo esto obligaba a que los ejércitos se desgastasen estableciendo sitios a plazas de reducido tamaño, pero que podían resistir durante meses.² Por ello, con el fin de impedir un rápido avance del enemigo, el mando imperial demarcó una línea defensiva en la frontera con Cataluña integrada por este tipo de bastiones, de manera que se produjese una disminución del flujo de tropas que avanzaban hacia el Este. La línea de la que hablamos estaba formada por Mequinenza y Lérida, contando con el puesto avanzado de Monzón.

Monzón es uno de los pueblos de mediano tamaño que cubren el espacio comprendido entre el Prepirineo y la orilla izquierda del Ebro. Se estima que hacia 1800 tenía una población de unos 3.000 habitantes. Situada a orillas del Cinca, la localidad es dominada por la silueta de su castillo, una elevada atalaya que se enclava en la roca, desde la que se contempla toda la llanura que circunda la población. Todavía hoy luce los sobrios baluartes de traza italiana con que fue reforzado en el siglo XVII, pero en esta época contaba también con un amplio perímetro exterior que llegaba a las proximidades de la alta meseta que se extiende junto a él, el llano de Santa Quiteria. En el extremo de esta meseta más cercano a la fortaleza, se encontraba una vieja casamata (antaño una iglesia) que recibía el mismo nombre que la llanura, y que constituía el primer puesto de defensa de todo el conjunto.

Al evacuar los franceses la villa, la defensa fue encomendada a un destacamento del 12.º Escuadrón de gendarmes de a pie: noventa y tres hombres, un ingeniero, cinco artilleros y un cirujano deberían resistir en el recinto a una fuerza diez veces superior, constituida por el millar de hombres del 8.º Batallón de la División de Navarra, posteriormente sustituido por el 6.º.³ La operación recibiría la cobertura estratégica del 9.º Batallón, que se dirigió hacia Graus para impedir el envío de socorros desde el norte. Y así, tras atrincherarse los gendarmes en el fortín, y ocupar los españoles la villa, el 27 de septiembre comenzó la batalla por el castillo.⁴

² *Ibid.*, p. 175. Más información en José Vicente Herrero, «La guerra de fortalezas en el periodo napoleónico», *Revista de historia militar*, 91 (2001), pp. 129-158.

³ Se discute la cantidad de hombres que participaron. Mientras que Arcaza no tiene en cuenta el relevo del 6.º Batallón, Guirao Larrañaga, quien prologa Til Olivera (coord.), *Sitio del castillo de Monzón en Aragón*, CEHIMO, Monzón, 1996, p. 9, indica que fueron dos batallones, en total 2.000 hombres, los que pusieron sitio al castillo, produciéndose luego el relevo del 5.º Batallón por el 6.º. Otra versión es la del texto editado en 1833 para la 91.ª entrega del *Espectador militar*, revista francesa, según el cual los sitiadores eran 3.000. El artículo aparece en T. Olivera, *Sitio del castillo de Monzón*, pp. 63-85.

⁴ Emmanuel Martin, *La Gendarmerie Française en Espagne et Portugal*, París, 1898, p. 396.

Las fuentes utilizadas para este estudio han consistido en los escasos documentos que se refieren a Monzón durante la guerra. Tan solo contamos con los partes militares de ambos bandos y dos cartas expedidas por el Ayuntamiento de la localidad. El resto de la documentación se ha perdido, al igual que ha ocurrido en numerosos lugares del Somontano. Sin embargo, a pesar de lo exiguo de los recursos, el detallismo de algunos de ellos y el carácter específico de otros han permitido extraer varios planteamientos susceptibles de analizar. Son especialmente expresivos los documentos franceses, que incluyen las anotaciones directas del guardia de ingenieros quien, como veremos, fue uno de los principales protagonistas del sitio.⁵

Respecto a las tropas que se vieron involucradas, merece la pena detenernos a realizar algunas consideraciones. Especialmente por lo que respecta al bando francés, ya que los integrantes de la guarnición pertenecían a una unidad poco conocida como sección del ejército napoleónico: la Gendarmería Imperial. El cuerpo de los gendarmes provenía de la *maréchaussée* borbónica, el órgano encargado de las funciones de policía durante el Antiguo Régimen. Tras la Revolución francesa la *maréchaussée* fue convertida en un cuerpo integrado en el ejército, pero que continuó ejerciendo funciones de policía civil además de militar. Se le añadió también el carácter de unidad de combate, aspecto que se puso en práctica, sobre todo, en el territorio español. La Gendarmería entró en la Península en 1810, pasando a ser un grupo directamente enfrentado a las guerrillas, escoltando convoyes, patrullando carreteras y formando la guarnición de distintas poblaciones. Los gendarmes asediados en Monzón pertenecían, muy posiblemente, al escuadrón que se estableció en Barbastro, localidad en la que también fijó su base una compañía de *gendarmes aragoneses*, reclutada por Suchet para emplearla expresamente en la lucha contra las partidas.⁶

El ejército sitiador se encontraba formado por tropas regulares pertenecientes a la *División de Voluntarios de Navarra*, o lo que es lo mismo, «la División de Espoz y Mina». Una agrupación peculiar, no solo porque su comandante era un conocido jefe guerrillero, sino porque su origen eran las bandas de insurgentes locales y los residuos de unidades militares. Así, vemos que los batallones tenían doble denominación (el «8.º Batallón de la División Navarra», era a la vez el «3.º de Altoaragoneses»). Y es que desde 1809 las únicas fuerzas operantes en el Alto Aragón habían sido las guerrillas, que estuvieron activas tanto en los valles pirenaicos como en el Somontano y los Monegros. Los «brigantes» (así llamados por los franceses) se mantuvieron en auge desde la caída de Zaragoza hasta 1812-13, cuando comenzaron a estructurarse de modo netamente militar.⁷

⁵ Los documentos franceses se encuentran en T. Olivera, *Sitio del castillo de Monzón*, pp. 21-36. El parte español y la carta del Ayuntamiento, en Francisco Castellón, *El castillo de Monzón*, Ayuntamiento de Monzón, Zaragoza, 2001, pp. 459-462.

⁶ L.A. Arcarazo y M.P. Lorén, *Barbastro*, pp. 84-87.

⁷ *Ibid.*, pp. 95-105.

A los pocos días de iniciarse el sitio, los españoles emplazaron sus piezas de artillería en la meseta junto al castillo, tras desalojar a los gendarmes del fortín de Santa Quiteria. Si bien eran exiguas (un cañón y un mortero), comenzaron un intercambio de disparos que se saldó favorablemente para los franceses. Resultó evidente que un duelo artillero no sería efectivo, dada la buena obra de los muros y la elevada posición de los cañones del recinto. Por ello se decidió iniciar un sistema de asedio distinto, mucho más apropiado, pero que iba a causar estragos entre los españoles: las minas. La guerra de minas consiste en la excavación de túneles en cuyo final se colocan explosivos con el objetivo de hacer que los muros se desplomen, o de destruir los túneles del enemigo (en cuyo caso, hablamos de contraminas). Se trata principalmente de un trabajo de excavación, por lo que no es extraño encontrar a civiles cumpliendo con la peligrosa tarea, en lugar de hacerla los militares.

Fue en este punto donde el citado ingeniero francés adquirió un protagonismo total. A pesar de su ínfima graduación, y de ser un simple minador, Saint-Jacques era un personaje de increíble habilidad, algo que quedó demostrado tanto en su administración de los recursos, como en la dirección de los trabajos de zapa, en los que era el único con experiencia. No es de extrañar, pues, que formase parte del Estado Mayor del capitán, quien reconoció la especial valía de su subordinado. La cava de contraminas desbarató una y otra vez los planes de los asaltantes: uno de los hechos de mayor envergadura fue la voladura de una mina cuando, tras fingir los gendarmes una salida, los españoles, en su persecución, pasaban sobre ella. El resultado fue el hundimiento de dos túneles enemigos, con sus minadores dentro, más los muertos que hubo entre los perseguidores. También cabe citar, por su espectacularidad, la voladura de una excavación española encontrada mientras se perforaba en dirección a otro túnel. El *horno* (cámara de explosivos de la mina) fue preparado mientras se continuaba la excavación, para que una interrupción del sonido de trabajo no hiciese sospechar la preparación de la carga. Se produjo entonces una gigantesca detonación, que derrumbó la mina española y creó un enorme cráter en la ladera, de tal envergadura que se hizo señalar en los mapas.

La defensa del castillo se mantuvo inquebrantable a lo largo de todo el sitio, incluso en el mes de enero, momento en el que ante los continuos rechazos, los españoles iniciaron una febril actividad de zapas. El único modo de desalojar a los gendarmes fue dándoles la noticia de que Lérida y Mequinenza ya se habían rendido (noticia que se molestaron en comprobar).⁸

⁸ Lérida y Mequinenza fueron tomadas mediante un engaño perpetrado por el barón de Eroles y el espía Van Halen. Este, *aide de camp* de Suchet pasado en secreto a los españoles, se presentaba en las fortalezas con órdenes de evacuación. Lérida se abandonó el 13 de febrero y Monzón el 14. Los gendarmes fueron apresados en Cataluña, pero finalmente volvieron a Francia (T. Olivera, *Sitio del castillo de Monzón*, pp. 33 y 83-84).

El saldo de la batalla fue distinto dependiendo de las fuentes que se consideren. Según el parte español (que es bastante reducido), durante los cinco meses que duró el asedio las bajas en su bando fueron de 25 muertos y 23 heridos, causando entre los gendarmes un total de 18 muertos. Sin embargo, los franceses, con un parte extensamente detallado y de gran longitud, cifraron sus bajas en 10 y las españolas en 480. No podemos asegurar quién tenía razón, pero aunque la diferencia es grande, es muy posible que el documento francés fuese más realista (aunque, sin duda, infló las cifras): el detallismo que da de los movimientos y los asaltos, tanto propios como enemigos, así como los mapas y croquis trazados, dicen bastante a su favor. Y si sus victorias continuadas pudiesen resultar sospechosas, tenemos como contrapunto su actitud en cuanto a la rendición de Lérida, pues en situación de aislamiento y de completa inferioridad, prefirieron comprobar la caída de la plaza enviando un mensajero, bajo salvoconducto e intercambio de rehenes. Incluso el comandante español (Mina) indicó, en un más que probable eufemismo, que sus trabajos «no lograban los objetivos esperados».

En principio, que un bando u otro clame por haber causado más bajas, es una cuestión intrascendente para el historiador (fuera del estudio de la mortalidad, o de la manipulación de la información). Pero si nos hemos detenido en estas cifras, es porque a partir de ellas parece entreverse un aspecto que a menudo ha quedado eclipsado. Se trata del colectivo civil que coexistía junto a los ejércitos, no tanto como individuos que vivían a su costa, sino como personas que cumplían unas tareas concretas y colaboraban con ellos. Unos hombres que tanto en la historia, como en los acontecimientos en que participaron, quedaron relegados al *casi* completo anonimato. Y a los que nunca se consideró como parte del ejército, de cara a ningún tipo de información oficial.

Pues bien, en el caso que estudiamos hemos encontrado a estos grupos en ambos bandos. Vemos así que entre los franceses sitiados existía un grupo de mujeres que de ordinario se dedicaban a tareas tan distintas como cocer el pan, preparar los explosivos o sacar tierra de las minas. Sin embargo, esta información está ausente en el parte que entregó el capitán Boutan: es por las notas que tomó el ingeniero que tenemos noticia de ellas. Notas, por lo demás, tan detalladas como el informe, que hacen posible reconstruir parte de la vida en la fortaleza, percibir la carestía en que los sitiados se encontraban, y el modo en que se sobrepusieron a ella.⁹

Por lo que concierne al bando español, el caso es de mucho mayor interés. Todo parece indicar que junto a las tropas de la División Navarra se encontraba

⁹ Aparecen múltiples anécdotas como la cocción de agua con azúcar y vinagre como medio de suplir la falta de agua (*ibid.*, p. 23), aparte de las referidas a la lucha, en la que incluso se emplearon hondas para lanzar granadas. La impresión que queda es la del desencadenamiento de una guerra total que se sobrepuso a la falta de medios.

una larga serie de montisonenses que excavaban los túneles de asedio. Pero, al igual que el documento imperial no daba información sobre los civiles que acompañaban a sus hombres, tampoco el parte español llegó siquiera a nombrarlos. Por el contrario, es por el dicho parte francés y por una misiva del Ayuntamiento que conocemos su existencia: en el diario de la guarnición se menciona repetidas veces la presencia de una importante cantidad de civiles en las minas, que sufrían además las consecuencias de las voladuras, pudiendo explicarse así las elevadas cifras de bajas (bajas no militares, que por lo tanto Mina no tenía por qué cuantificar). A su vez, la carta del Ayuntamiento apoyaba la visión francesa, pues consistía en una petición de exención de suministro a las tropas, enviada a Mina durante los últimos días del sitio. En ella se hacía relación de los servicios que estaba prestando la villa, que incluían la totalidad de la ayuda logística más las «... excesivas impensas que ha ocasionado y ocasiona la apertición de estas minas, la erección de algunas otras...».¹⁰ Se indica, pues, que se estaba prestando asistencia en las zapas. Aunque es habitual que en época de guerra las poblaciones emitan documentos dramáticos sobre las circunstancias que atraviesan, Monzón hacía expresa relación al trabajo en las minas, precisamente el mismo lugar en el que los franceses situaban a los civiles. Deducimos, pues, que posiblemente aportaron el oneroso servicio.

Acercas de estos grupos de civiles, no existen demasiados análisis en la historia militar. Geoffrey Parker les dedica algunas páginas en su *Revolución militar*, citando a carreteros, vivanderos y sirvientes, cuyos números podían alcanzar elevadas cotas. Entre estos se encontraba un cúmulo de mujeres con un amplio abanico de dedicaciones que comprendían la prostitución, la cría de niños, el lavado de ropa, la venta...¹¹ Aunque las apreciaciones que este autor realiza tratan sobre ejércitos del siglo XVII, mucho más estacionarios que los napoleónicos, las consideraciones son válidas, pues la misma *Grande Armée* tenía su propia gran sección de logística.

En sí, no es este el carácter que tenían los civiles que trabajaron en las minas, pues no eran individuos que acompañasen a las tropas. Pero sí que guardan relación con ellos en el hecho de que realizaban tareas de apoyo, y en que entraron en contacto directo con lo militar. Sería interesante estudiar qué tipo de relación establecieron con el ejército, y hasta qué punto tenían un carácter remunerado, de voluntariado, o de obligación (en cuyo caso, la actividad llegaría a tener lejano paralelismo con el medioevo, pues eran siervos los que cavaban las minas). Desgraciadamente, no contamos con documentos suficientes como para profundizar en esta cuestión, pero podemos adentrarnos en el tema observando casos de convivencia entre civiles y militares que ocurrieron en otros pueblos, y que podríamos extender al caso de Monzón. Por otra parte, cabe destacar la poca atención que ha prestado la Historia Militar a temas de este carácter. A pesar de contar con grandes

¹⁰ F. Castellón, *El castillo de Monzón*, p. 461.

¹¹ Geoffrey Parker, *La Revolución militar*, Alianza, Madrid, 1996, pp. 113-115.

expertos como el citado Parker, o como Jeremy Black, que han realizado obras de análisis social y de importante calado,¹² por lo común la Historia Militar sigue teniendo en el estudio de los «hechos», un excesivo componente historiográfico. Componente que, además, es el que a menudo se transmite al común del público, pues es innegable la centralidad de lo bélico en el aspecto divulgativo de la Historia. Pero los ejércitos no solo se relacionan con las *batallas*, ni están tan solo ligados a la *política*. Los ejércitos son masas sociales, que viven en medios sociales, y que pueden ser estudiados desde otros puntos de vista. Es por ello que abogamos por un carácter más *social* de la Historia Militar, en el que se dé cabida a aspectos que se han mantenido habitualmente aparte, como lo son los civiles con los que convivieron. Y aunque comprendemos que se trata de un ámbito de investigación complicado, porque implica consultar múltiples tipologías de fuentes, creemos que el uso de la Historia Local, que se centra en un caso concreto, y que gira alrededor de las vivencias de una población, puede resultar muy conveniente. Así, un análisis pormenorizado y comparativo de los séquitos de las tropas, o de las poblaciones bajo asedio, contribuiría a iluminar aspectos como las trayectorias y las vivencias de estos grupos. Ello podría complementarse con la realización de una historia de la vida cotidiana en la guerra, temática en la que la citada Historia Local ya está aportando varias monografías.¹³

Pero retomando la carta del Ayuntamiento montisonense, hay otro aspecto al que nos queremos referir en la segunda parte de esta comunicación, centrándonos más en la vida de los pueblos altoaragoneses. Se trata de la iniciativa local para la protección del propio municipio frente a los eventos y agentes externos. Pues ocurre que el intento de que Mina eximiese a Monzón de continuar el abastecimiento a las tropas contó con un precedente en el que el alcalde intercedió por la villa.

Así, el 28 de julio de 1808, durante el primer Sitio de Zaragoza, el alcalde envió una misiva a la ciudad solicitando el retorno de las compañías que se habían enviado y su sustitución por otras de poblaciones adyacentes. Esto se reclamaba bajo la excusa de que los soldados eran necesarios en Monzón para custodiar el fuerte, donde se retenía a unos 60 presos franceses (posiblemente civiles, pues fueron enviados desde Zaragoza el 5 de junio, momento en que los ataques a estos habitantes eran comunes en la provincia).¹⁴ Se puede discutir el carácter de esta petición, porque en principio tendría sentido que fuesen los hombres reclutados en el propio pueblo los que se ocupasen de la vigilancia del castillo. Pero, al mismo tiempo, es muy probable que se estuviese tratando de recuperar a la población de cara a las tareas agrícolas que se avecinaban. Del mismo modo, en el momento en que fina-

¹² Jeremy Black, *A military revolution?*, Macmillan Education, Londres, 1991.

¹³ Como Felipe Gómez Valenzuela, *Vivir en Guerra: notas sobre la vida cotidiana en Aragón durante la Guerra de la Independencia 1808-14*, Aqua, Zaragoza, 2003.

¹⁴ L. Arcarazo, *Barbastro*, pp. 43-44.

lizó el Sitio (14 de agosto), diversas compañías del área de Barbastro, así como algunos oficiales, retornaron a sus pueblos precisamente para cosechar.¹⁵

No es este el único caso que aportamos, pues tal y como hemos encontrado un precedente, también hemos encontrado paralelos en otras localidades, que hacen énfasis en la idea de resistencia local a las exigencias de instancias superiores. Se trata de los sucesos ocurridos en Barbastro y Fraga a lo largo del periodo bélico, caso este último estudiado por A. Berenguer Galindo.¹⁶

En el momento del estallido del conflicto, Fraga atravesaba una época marcada por una serie de crisis de subsistencias que amenazaban con trastocar la estabilidad de la población, tanto demográficamente como en cuanto al orden establecido. Al agobio impositivo del Antiguo Régimen vinieron a unirse las exacciones de las tropas, las nuevas contribuciones de guerra españolas, y las múltiples y abusivas recaudaciones del gobierno francés. La reacción de la ciudad fue de cierre en banda frente a las exigencias externas.

En primer lugar, se produjo en enero de 1809 la entrada de un destacamento español que durante su acuartelamiento exigió al consistorio una suma considerable exorbitante para el tamaño del grupo (1.000 duros para 71 hombres). Suma que el corregidor, ante la precariedad de los fondos existentes, se negó en rotundo a aportar.¹⁷

En segundo lugar, se encuentra el saqueo francés en marzo del mismo año, al que vino unida la reclamación de una contribución extraordinaria. Tras tratar de retrasar en lo posible la entrega del dinero (una técnica muy habitual de resistencia a las imposiciones), finalmente tuvo que accederse. A esto se sumaron las exigencias provenientes de la capital, desde la que el gobierno de Suchet obligaba a aportar toda la contribución ordinaria de 1808, el primer tercio de 1809 y el 17 % de las rentas de Propios (algo prácticamente fuera de la realidad). Rayando la situación en lo insostenible, de nuevo se decidió la franca negativa por parte de todo el Ayuntamiento, aunque esta vez resultó en vano y se les forzó a entregar el tributo.¹⁸

Sirvan también de ejemplo las exigencias que ese mismo año hicieron las autoridades españolas de permitir sin trabas la exportación de grano hacia Cataluña por parte de los especuladores. La actitud de los regidores fue opuesta hasta el punto de embargar las cosechas de un abadiado, la primicia de diezmos, el grano del obispo y el Noveno de Su Majestad (imposibilitaban así su exportación).¹⁹

¹⁵ *Ibid.*, p. 42.

¹⁶ Antonio Berenguer, *Fraga en la Guerra de la Independencia*, Amics de Fraga, Huesca, 2003.

¹⁷ *Ibid.*, p. 69.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 63-64. La contribución en p. 67.

¹⁹ *Ibid.*, p. 68.

En Barbastro la situación fue parecida, con la diferencia de que la ciudad se plegó desde un principio a la entrega de suministros (tanto a unos como a otros). La causa de su nula resistencia se debió a la continua presencia de ejércitos en la zona. Y aun así, en las postrimerías de la guerra la presión resultaba tan elevada que en marzo de 1814 también se pidió a Mina la exención de abastecimiento.²⁰ La situación se complicó mes y medio después cuando, dando alojamiento a un batallón de la División Navarra y estando el hospital abarrotado de heridos, un escuadrón de caballería castellano llegó con intención de quedarse. El resultado fue un conflicto entre su comandante y las autoridades locales, que se saldó con la huida del alcalde y el saqueo de Barbastro por parte de los jinetes. Finalmente, la residencia del escuadrón fue repartida entre varios pueblos de los alrededores (también arruinados).²¹

Ante estas actitudes, se demuestra que a pesar de que circularan las ideas de «patria» y de lucha contra el extranjero, la propia localidad continuaba desempeñando un papel preponderante en el ideario, hasta el punto de que se establecía como prioritaria ante todo evento externo, ya fuese francés o español. Las reacciones de Monzón, Fraga y Barbastro lo ponen de manifiesto. Se aceptaba la defensa de la «nación», pero esta debía tener un límite. Límite que terminaba cuando la población propia se veía perjudicada. Y no había mayor problema para oponerse al causante del perjuicio, aun cuando estuviese en el propio bando. El citado A. Berenguer alude también a esta idea en su brillante análisis *Fraga en la Guerra de la Independencia*, donde comprueba el linde local que tenía la idea de «patria», y los términos de defensa del terruño en que mayormente se recibió el mensaje de sublevación.²²

Por último, al hilo de los casos citados, queremos añadir algunas matizaciones sobre el comportamiento del ejército español. Como es sabido, la presencia imperial supuso una pesada carga para la población. Hubieron de sufrirse saqueos, multas y tomas de rehenes a cambio de impuestos, siendo esta última una operación que la administración realizó a menudo. Sin embargo, la actuación de los españoles tampoco distó mucho de la francesa. Los dos sucesos que vamos a comentar acontecieron en Barbastro durante 1812.

En el primero de los casos encontramos a Espoz y Mina, quien llegando a la localidad el primero de mayo, secuestró a varios vecinos para forzar la entrega de un rescate, tal y como hacía el enemigo.²³

²⁰ L.A. Arcarazo, *Barbastro*, p. 176.

²¹ *Ibid.*, p. 93. La situación de Barbastro fue especialmente grave pues durante 1812 tuvo que soportar las exigencias francesas y españolas. Se añade que Mina, a pesar de que recibió en 1813 orden de dejar de aprovisionarse en la ciudad, hizo caso omiso y continuó obteniendo suministros en la zona (p. 175).

²² A. Berenguer, *Fraga*, pp. 47-57.

²³ L.A. Arcarazo, *Barbastro*, pp. 152-153.

Y en segundo lugar tenemos la entrada de Pedro Sarsfield el 27 de septiembre del mismo año, episodio que cuenta entre los más duros que vivió Barbastro. La llegada de Sarsfield y su guerrilla hizo que los gendarmes se recluyesen en el fuerte, dada su inferioridad numérica. Se desató entonces un saqueo que terminó con el incendio de una casa y la exigencia de 20.000 duros. Recibidos estos, se marcharon de la ciudad, pero para volver tres días después y reclamar de nuevo otros 20.000 duros. Puesto que los fondos eran tan precarios, encontró resistencia, ante lo cual se decidió a tomar varios rehenes que se llevó hasta la recepción del «tributo».²⁴ Aunque este fue un caso extremo, el bandidismo guerrillero era algo habitual, que terminó convirtiendo los caminos en espacios peligrosos.

En definitiva, el panorama que tenemos es el de una serie de pueblos sometidos de continuo a las exacciones de ambos bandos. Unas exacciones que excedían los límites de la realidad y los hundían en la miseria. Eran las exacciones de *la guerra*, en medio de las cuales los civiles trataban de sobrevivir y continuar adelante.

Aunque, como decíamos al principio, no contamos con muchos documentos que muestren los sucesos acaecidos en Monzón, sospechamos que no distaron mucho de la situación que planteamos para otras capitales rurales, pues sabemos que mantuvo la presencia de guarniciones tanto antes como después del desalojo francés. Posiblemente, su participación en el abastecimiento de tropas fue más que habitual, y la presión que este supuso también fue grande, dado su reducido tamaño. No era determinante que el origen de los ocupantes cambiase tras la toma del castillo, ni que la población hubiese sido más o menos partidaria del invasor, pues el peso de las contribuciones y saqueos recaía por igual en colaboradores y opositores.

Estamos, pues, ante unas circunstancias un tanto distintas del mitificado pueblo hispánico que se levantó contra el Imperio en 1808. Una imagen que, si bien se encuentra bastante superada entre los historiadores, no parece serlo en cuanto al gran público se refiere, al que continúa mostrándose una suerte de guerra libertadora, en la que existía un claro enemigo a batir representado por Francia. Visión bastante alejada de la realidad dada la multiplicidad de caras que tuvo el conflicto y la cantidad de pugnas internas que desató. Por ello es que, para superar esta actitud, apostamos por la Historia Local. El localismo es una esfera con gran capacidad de atracción, dado el estrecho lazo que establece con el individuo (como su pueblo natal o la ciudad en que vive), nivel desde el que la persona se vuelve más receptiva a los análisis con mayor calado científico. De este modo, vemos en ella una plataforma desde la que comenzar a transmitir un punto de vista sobre el conflicto (y sobre la propia Historia) más veraz, y que centre la atención en lo que realmente importa. Que no son ni las batallas ni las cronologías (lo que el común de la población percibe cuando escucha *Historia*), sino la trayectoria que la sociedad y los hombres han recorrido, y sufrido, hasta llegar al día de hoy.

²⁴ *Ibid.*, pp. 153-154.